



## CAPÍTULO 1

# OJUELOS ALTOS

**V**ivir con tus padres es una mierda. Volver a vivir con ellos después de un apocalipsis zombi es una mierda del tamaño de un templo. En mi caso, tras perder a mi mujer y a mi hijo durante los primeros días (no creo que en este diario cuente lo que les pasó), decidí volverme de Madrid, donde llevaba trabajando once años, a mi aldea cordobesa. El viaje fue algo accidentado, había zombis por todos lados y me quedé sin gasolina cerca de Córdoba capital, así que tuve que hacer el resto del camino con una bicicleta Orbea de los años noventa que encontré abandonada en una finca.

Iba a continuar un poco con mi historia, que no sé para quién carajos la estoy contando, pero antes necesito decir que la relación con mi padre era un poco extraña. Nunca eludió sus responsabilidades como progenitor. Nos dio techo y comida a mi hermano y a mí. Aunque, a nivel afectivo... era un poco distante. Y por qué no decirlo, mi padre es un cabrón. A lo mejor estoy siendo injusto con él, porque, al fin y al cabo, nunca nos faltó nada, pero aquí necesito ser sincero conmigo mismo.





Ahora mismo mi padre, Paco, está apostado con su silla de ruedas y una escopeta delante de la ventana del salón, por si ve algún puto zombi. Ya ves, vivimos en una aldea que, poco antes del apocalipsis, contaba con algo más de cien personas. Ya casi no queda nadie aquí después de un año. O se han ido o han muerto. Alguna que otra vez hemos visto a algún vecino pasar corriendo, pero los pocos que hay apenas se atreven a salir a la calle. Aunque aquí, zombis, pocos. Si alguien se pregunta cómo sobrevivimos en Ojuelos Altos, le diría que es porque todas las casas suelen tener un terreno en la parte de atrás, con sus muros de piedra, donde tenemos pequeños huertos. Hubo un tiempo en el que subvencionaron sondeos para pozos de agua, por eso la mayoría de los vecinos tenía el suyo. Así que teníamos casi de todo, menos electricidad. Los paneles solares digamos que se estropearon pronto. Al no haber recambios ni técnicos, no sirvieron de mucho. Al menos a nosotros.

—¿Eres gay?

La pregunta de mi padre me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Qué dices, papá?

—Coño, como no paras de mirarme, estoy pensando que puedas ser marica. A lo mejor por eso te fuiste a Madrid, para salir del armario.

—¿Pero qué coño dices, papá? Me casé con Sara. Tuve un hijo, joder.

—¿Y? No serías el primer maricón que usa una tapadera, como Ricky Martin.

—Papá, no soy gay. Y si lo fuera, no lo ocultaría.

—Eso dices.

—Y eso haría.





—O no.

Llegados a este punto de la conversación, decidí callarme. Era tontería seguir y lo único que iba a conseguir era pillarme un enfado tremendo. Pero bueno, aquí tenéis un claro ejemplo de lo que es mi padre. Pero ¿sabéis qué? Aunque suene un poco moñas, aunque sea un cabrón y tenga un peculiar sentido del humor, le quiero. En verdad, en mi vida adulta, siempre que he necesitado ayuda económica después de irme de casa, él y mi madre respondieron. No es que fuera obligatorio que me ayudaran, pero lo hacían. No sé, es difícil describir bien la relación con mi padre. No la entiendo ni yo, como para explicárselo a otras personas. Además, con Juan, mi hijo, siempre tuvo una relación especial. A él, que no llegó a los nueve años y que era un niño demonio, siempre le hablaba con cariño y le trataba con respeto. Cuando visitábamos a mis padres en vacaciones, se lo llevaba al huerto y le dejaba coger los huevos de las gallinas, aunque el niño siempre rompiera alguno porque había heredado mi torpeza natural. En una ocasión, recuerdo que... recuerdo que...

Bueno, perdonad, necesito tomarme un rato. Me voy del salón, que lo que menos necesito es que mi padre me vea así. La mayoría de las veces que pienso en mi hijo acabo llorando y con ganas de no seguir el camino.

Dadme diez minutos.

[...]

Vale, ya. No sé por dónde retomar esta *narración*. No soy escritor, aunque sí que he leído mucho durante





toda mi vida. Por extraño que parezca, habiéndome criado en una casa donde los pocos libros que había eran de adorno, a mí me flipaba leer. Empecé leyendo Mortadelo y Filemón y acabé con los grandes clásicos de la literatura universal. En el bar de la Loli siempre tenían material, estaban suscritos a *El País* y *El Mundo* y, de vez en cuando, estos periódicos regalaban alguna colección de libros o cómics. Como mi madre trabajaba allí de cocinera desde la tira de años, los libros tenían un solo dueño: yo. Fue así como me hice una buena biblioteca en la habitación.

Fui el único Martínez de mi familia que estudió. Me saqué la carrera de Bibliotecario en la Universidad de Granada. Y, es curioso, porque nunca ejercí. Recién terminada la carrera, el amigo de un amigo me habló de que había una plaza de Consultor Junior de Licenciamiento de Microsoft en una gran consultora tecnológica. Y buscaban a alguien sin ningún tipo de experiencia. Tras decirme lo que pagaban, y estando en el paro con una mano delante y otra detrás, decidí probar suerte. Me cogieron y ya no abandoné el sector. Y he de decir que, aunque siempre sentí nostalgia por «lo mío», gané mucho dinero (salvo algún bache económico donde, como comenté antes, mis padres me ayudaron) y eso me permitió tener una vida más o menos tranquila. Cuando me aburrí de trabajar por Andalucía (viví en Córdoba, Sevilla y Granada) me fui a Madrid, donde los sueldos eran ya casi estratosféricos, y allí conocí a Sara y decidí que Leganés era un buen sitio donde echar raíces.

Tengo muchas ganas de hablar de Sara. Qué mujer. Cómo me enamoré de ella hasta las trancas. Pero no quiero mezclar temas y estoy un poco rallado por





el estado de salud de mi padre. Últimamente apenas come, está adelgazando mucho y, a veces, le noto demasiado pálido. La cosa es que, si le pregunto que cómo está, me manda a la mierda. Bien, creo que va siendo hora de dejar aparcada esta «historia». Me duele un montón la cabeza y creo que por hoy ya está bien. Escribir dos hojas de libreta en un día debe ser un logro. Me gustaría haber conocido a algún escritor de verdad para preguntarle, aunque por alguna presentación de libros en la que estuve en Madrid, suelen ser un poco pedantes.

